

SANCTI ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI EN LOS LIBROS DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO PRÓLOGOS. (C)

190 Prólogo.

1. La plenitud del Nuevo y Antiguo Testamento, que la Iglesia católica recibe en el canon, según la antigua tradición de los primeros, es la siguiente.

2. En el principio, a saber, los cinco libros de Moisés, Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, es decir, la recapitulación de la ley y casi una segunda ley.

3. A estos les siguen los libros de Josué, Jueces, y el librito cuyo 191 título es Rut, que no parece pertenecer a la historia de los Jueces, como afirman los hebreos, sino más bien al principio de los Reyes.

4. A estos les siguen los cuatro libros de los Reyes. A los cuales se anexan lateralmente los dos libros de las Crónicas, porque contienen las causas de los mismos hechos que se conocen en los libros de los Reyes.

5. Aunque también hay otros volúmenes que en lo sucesivo tejen historias de diferentes tiempos entre sí, como el libro de Job, Tobías, Ester, Judit, Esdras, y los dos libros de los Macabeos.

192

6. Pero todos estos, excepto el libro de Job, siguen la historia de los Reyes, y luego persiguen los anales de los judíos en sus respectivos tiempos, conteniendo las cosas tristes o alegres que le sucedieron al pueblo judío después de la destrucción de Jerusalén.

7. De los cuales, en efecto, Tobías, Judit, y los Macabeos no son aceptados por los hebreos. Sin embargo, la Iglesia los enumera entre las escrituras canónicas.

8. Luego aparecen los Profetas, entre los cuales hay un libro de los Salmos, y tres libros de Salomón, a saber, Proverbios, Eclesiastés, y Cantar de los Cantares. También aquellos dos ilustres y de santa instrucción libritos, 193 digo Sabiduría, y otro que se llama Eclesiástico; que aunque se dice que fueron editados por Jesús hijo de Sirac, sin embargo, por cierta similitud de elocuencia, están prenotados con el título de Salomón. Sin embargo, se sabe que en la Iglesia tienen la misma autoridad que los demás libros canónicos.

9. Quedan los libros de dieciséis profetas, de los cuales cuatro son los que escribieron volúmenes mayores, es decir, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel.

10. Los restantes doce son breves y contiguos, y por eso están comprimidos en un solo volumen, cuyos nombres son: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. Algunos, sin embargo, separando las Lamentaciones de Jeremías, las han cortado de su volumen, y así aceptan cuarenta y cinco libros del Antiguo Testamento.

11. Aquí aparece el Nuevo Testamento, cuyos primeros son los cuatro libros de los Evangelios, a saber, Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Siguen luego las catorce Epístolas del apóstol Pablo, es decir, a los Romanos, dos a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los

Filipenses, dos a los Tesalonicenses, a los Colosenses, dos a Timoteo, a Tito, a Filemón, y a los Hebreos.

12. También las tres Epístolas del apóstol Juan, dos de Pedro, una de Judas, y una de Santiago.

194 13. También los Hechos de los Apóstoles, y el Apocalipsis de Juan. Así, en el orden de ambos Testamentos, son setenta y dos libros.

14. Estos son los nuevos y viejos, que se sacan del tesoro del Señor, de los cuales se revelan todos los misterios de los sacramentos. Estos son los dos Serafines, que en la confesión de la santa Trinidad cantan continuamente el himno Τρις ἅγιος.

15. Estas [Quizás estas] también son las dos olivas en Zacarías, que están a la derecha y a la izquierda de la lámpara, y con la unción y el esplendor del Espíritu Santo iluminan todo el mundo con la claridad de la doctrina.

16. Estas son las sagradas escrituras, estos libros íntegros en número y autoridad: nada debe compararse con ellos. Cualquier cosa fuera de estos no debe ser recibida entre estas santas y divinas.

17. Dispuesto, pues, el orden de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento y su número, ahora brevemente y de manera sucinta añadamos pequeños prólogos de narraciones sobre ellos.

COMIENZAN LOS PRÓLOGOS.

Sobre el Génesis.

18. El Génesis, según la fe de la historia, describe la creación del mundo, y la condición del hombre, el diluvio, y la división de la tierra, también la confusión de las lenguas, y los hechos de todos los patriarcas, hasta la entrada de Israel en Egipto.

Sobre el Éxodo.

19. El Éxodo contiene la servidumbre de los hebreos, y las diez plagas 195 de Egipto, la salida del pueblo, y la nube protectora, también el paso del Mar Rojo, y el Faraón sumergido con sus carros, y el canto de gloria, también la entrada en el desierto, el alimento del maná, con el que fueron alimentados, también el golpe de la roca, y las aguas convertidas en dulzura, la batalla con Amalec, también los mandamientos del Decálogo, y el arca del Testamento, y la dedicación del tabernáculo y la ofrenda.

Sobre el Levítico.

20. En el Levítico, sin embargo, se describen la ley de los sacrificios, la diversidad de las ofrendas, las vestiduras de los sacerdotes, y los ministerios de los levitas: también la discreción de los alimentos, y las diversas purificaciones de los pecados, o las ofrendas son ordenadas.

Sobre los Números.

21. En los Números, en verdad, se enumeran las tribus que salieron de Egipto, y sus protecciones, se lleva a cabo el cómputo de los hombres perfectos en edad que salieron de

Egipto, se inserta la profecía de Balaam, también se señalan los sacramentos de las cuarenta y dos estaciones en el desierto.

Sobre el Deuteronomio.

22. En el Deuteronomio, sin embargo, que es la segunda ley, se narran las cosas que fueron dichas al pueblo por Moisés entre Parán, y Tofel, y Labán, y Naserot, hasta Cades Barnea: los mandamientos, a saber, y las promesas, las maldiciones de los pecados, y las promesas de bienaventuranza. Allí canta Moisés un cántico. Allí da la bendición a los hijos de Israel; y allí, habiendo visto la tierra prometida, muere y es sepultado.

23. Sin embargo, algunos de los hebreos cuentan solo cuatro libros de la ley, es decir, Génesis, Éxodo, Levítico, Números. 196 El Deuteronomio, sin embargo, lo llaman repetición de los mismos libros, y como una especie de meditación de la ley. Solo por esta razón, porque aquellos cuatro contienen las causas propias de los hechos, mientras que este de todos.

Sobre Josué.

24. En el libro de Josué, los hijos de Israel, bajo la guía de Josué, cruzan el Jordán, y son circuncidados por segunda vez, y después de haber subvertido las naciones de los cananeos, reciben por sorteo la división de la tierra de su herencia.

Sobre el libro de los Jueces.

25. En el libro de los Jueces se contienen los pecados y servidumbres de Israel, las exclamaciones del pueblo, y las misericordias de Dios. Se describen las prosperidades y adversidades de las guerras.

Sobre el libro de Rut.

26. El libro de Rut teje la historia de la misma moabita, de cuya estirpe desciende la familia de David. Los hebreos añaden este librito al libro de los Jueces, porque dicen que las cosas que en él están escritas sucedieron en los días de los Jueces; pero los latinos, por el contrario, porque relata el linaje del rey David, nacido de la misma moabita Rut, sostienen que pertenece más verazmente al cuerpo del libro de los Reyes.

Sobre el libro de los Reyes.

27. El libro de los Reyes, aunque entre los latinos está dividido en cuatro partes debido a su 197 extensión, entre los hebreos, sin embargo, está dividido en dos volúmenes. El primero de los cuales escribe Samuel, que el arca del Señor pasó de los judíos a las naciones, también que el sacerdocio de Elí fue mística y simbólicamente transferido a Samuel y el imperio de Saúl al rey David.

28. Malajim, en cambio, ordena los reyes de Judá y de la nación israelita, y sus hechos según el orden de los tiempos, también narra que Israel, debido al error de la idolatría, fue trasladado a los asirios; finalmente enseña que Nabucodonosor vino a Jerusalén, llevó cautivo al príncipe y al pueblo, y subvirtió la ciudad y el templo.

Sobre las Crónicas.

29. Las Crónicas entre los hebreos se contienen bajo el volumen de un solo libro, y se llaman por ellos Dibrehaiamin, es decir, Palabras de los días, pero entre nosotros, debido a su extensión, está dividido en dos partes. Esta es, sin embargo, una historia que contiene el orden de las generaciones y de los tiempos. En la cual, ciertamente, no se contiene poca erudición de las santas Escrituras.

30. Pues en la historia del Antiguo Testamento en sus lugares o bien están totalmente 198 omitidas, o tal vez no están completamente dispuestas, en este están explicadas de manera resumida y breve, cuya serie ciertamente procede adjunta al lado de la ley, o de los Reyes, llegando hasta el tiempo en que también se termina el texto de los reinos. Pues comenzando desde el principio de la creación del mundo, se extiende por el orden de los hechos hasta la ruina de Jerusalén en tres mil setenta y dos años por setenta y dos generaciones.

Sobre el libro de Job.

31. El libro de Job contiene las pérdidas, muertes, o flagelos de este santo varón, y las palabras injuriosas de los consoladores, también sus lamentos, en los cuales deplora la miseria de todo el mundo; también las consolaciones de Dios hacia él a través del torbellino, y su doble recompensa de bienes al final. Este, sin embargo, expresó la imagen de Cristo a partir de sus pasiones y palabras; su esposa, en cambio, designa el tipo de los carnales, que, puestos dentro de la Iglesia, escandalizan la vida de los espirituales con sus costumbres.

32. Sus amigos, en cambio, presentaron la apariencia de los herejes, y la figura de las doctrinas perversas. Por otro lado, Eliú, que se apoya en una grave recriminación contra Job, significa a aquellos que dentro de la santa Iglesia predicán con arrogancia, y por la soberbia del corazón y el orgullo del conocimiento, lo que sea que pronuncian lo muestran con ejemplos de soberbia.

Sobre el Salterio.

33. El libro de los Salmos, aunque está contenido en un solo volumen, 199 no fue editado, sin embargo, por un solo y mismo autor. Diez profetas son los que los escribieron en diferentes tiempos, es decir, Moisés, David, Salomón, Asaf, Hemán, Etán, Idutún, y los hijos de Coré Asir, Elcana, Abiasaf, o Esdras. Algunos también se cree que son de Ageo y Zacarías.

34. Sobre aquellos que están sin títulos, la tradición de los antiguos es tal, que del autor cuya prescripción precedió, los demás, que siguen sin título, se cree que son de él. Este libro, sin embargo, está señalado con sacramentos alegóricos y típicos; especialmente, que Cristo nació, que sufrió, que resucitó, casi todo el órgano de los salmos resuena esto.

35. Sin embargo, se debe saber que entre los hebreos todos los salmos estaban mezclados y desordenados, pero primero Esdras los reunió en un solo volumen, y los dispuso en orden y número, y por el oculto sacramento del misterio prefirió unos a otros en orden, aunque parecieran posteriores en el tiempo. Pues según el curso de la historia, el tercer salmo es posterior al cincuenta, pero por el misterio es anterior en 200 orden. Así también se tienen los demás, porque el Espíritu Santo los preordenó como quiso.

Sobre los libros de Salomón.

36. Salomón editó tres volúmenes: el primero de ellos es el libro de los Proverbios; el segundo, que se llama Eclesiastés; el tercero, cuyo título es Cantar de los Cantares. En estos

tres libros, en efecto, compuso disciplinas de tres géneros, por las cuales se llega al conocimiento de las cosas. En primer lugar, la ética, es decir, la moral; después de esto, la física, que comprende la cualidad de la naturaleza; y por último la teórica, es decir, la contemplativa. En los Proverbios, enseñando lo moral, a través de un uso común de hablar, expuso una inteligencia más elevada, y la conservación de los mandamientos y la institución de la doctrina celestial con versos concisos y sentencias breves.

37. Los proverbios son, sin embargo, palabras que explican o significan otras cosas, que se entienden de manera diferente a como se dicen, más en la virtud de las sentencias que en el sonido de las palabras, que los griegos llaman parábolas. En el Eclesiastés, en cambio, discutiendo la naturaleza de las cosas, reprende [Quizás, descubre] que todo en el mundo es caduco y vano; y habiendo observado la fragilidad de todas las cosas, aconseja renunciar al mundo.

38. En los Cantares, sin embargo, habiendo superado lo visible, y contemplando las cosas celestiales o divinas, bajo la figura del esposo y la esposa, declara la unidad de Cristo y la Iglesia, y excitando el alma al amor de las cosas celestiales, la provoca a ser llevada a la comunión con Dios. Tampoco debe omitirse lo que se transmite por nuestros doctores, que entre los hebreos existía la observación de no permitir a nadie leer este libro, a menos que fuera un hombre ya de ciencia perfecta y de fe trabajada, no sea que por la debilidad de la infancia y la impericia de la fe, no tanto la erudición de la cognición instruyera las mentes inestables, sino que más bien las convirtiera a las concupiscencias corporales.

39. Pues todas las Escrituras solían ser transmitidas por sus doctores a los niños, incluso aquellas que llaman deuteroseis. Solo estas cuatro se reservaban para el final, es decir, el principio del Génesis sobre la creación del mundo, también los principios de Ezequiel, en los cuales escribió sobre los querubines, y su final, en el cual se contiene la descripción del templo, y el Cantar de los Cantares.

Sobre el libro de la Sabiduría.

40. El libro de la Sabiduría, que se llama Panareton, anuncia con manifiesta claridad la venida de Cristo, que es la sabiduría de Dios Padre, y su pasión. Este fue editado por Jesús, hijo de Sirac, en el cual también compuso algunos preceptos de vida.

202 Sobre el Eclesiástico.

41. El Eclesiástico, en verdad, escribió copiosa y abundantemente la disciplina de casi todas las costumbres, y la conversación de la santa religión. Se le llamó Eclesiástico, porque fue tenido en medio de la asamblea del pueblo, es decir, ante la iglesia. Este, debido a la gran similitud de sentido y paridad de elocuencia, está prenotado con el título de Salomón. Sin embargo, se sabe que este libro también fue editado por Jesús hijo de Sirac, y se tiene entre los demás libros de las sagradas Escrituras con igual veneración.

Sobre Isaías.

42. El profeta Isaías, que se interpreta como salvación del Señor, este, después de que el carbón enviado del altar purificó sus labios, se hace digno de la profecía del Espíritu Santo. Contempla dos serafines en el enigma de los dos Testamentos, con doce alas, es decir, los apóstoles, que con su predicación recorren todo el mundo con veloz celeridad, cubriendo el rostro y los pies del que está sentado en el trono de Dios, es decir, ocultando las cosas, ya sea

las que fueron antes del comienzo del siglo, o las que serán después de que pase la figura de este mundo.

43. Sin embargo, después de la visión de Judá y Jerusalén, convierte el discurso de la profecía contra las demás naciones que están a su alrededor, y según la calidad de los lugares, y la diversidad de vida, les anuncia los males que les vendrán. Después de la cautividad de Jerusalén, amenaza la ruina de Babilonia.

203

44. Luego la muerte de los filisteos, la devastación de Moab, la destrucción de Damasco, y la conmoción de Egipto, y la soledad del mar desierto, también el asedio de Edom, la huida y destrucción de Arabia, la ruina del valle de Sion, también la subversión de Tiro, o de los cuadrúpedos. Pero figuradamente en la visión de Judá se proyecta la Sinagoga, y se une la Iglesia al Señor. En la ruina de Babilonia se arguye la confusión de todo el mundo y su soberbia, y se muestra su fin. En la devastación de Moab se transforma el error de la ciencia secular en silencio y luto.

45. En la destrucción de Egipto se destruyen las idolatrías de todo el mundo, y se predica la edificación del templo del Señor. En la contrición de los filisteos se muestra el luto de aquellos que rechazan el yugo de Cristo, y se elevan contra la ciencia de Dios. Por Damasco, en cambio, se muestra la predicación de las naciones, y la ruina del pueblo de los judíos. Por la carga del mar desierto se declara la tentación de este siglo, y se muestran las cosas que le vendrán.

46. Por Idumea surge el sol de justicia de las naciones, y vienen las tinieblas al pueblo de los judíos. Por Arabia se predica el agua del bautismo que se dará a aquellos que huyeron de los errores de las naciones, o de sus blasfemias. Por el valle de Sion se predica la perdición de Jerusalén, y de los herejes, que cayeron de la sublimidad de la Iglesia. Por Tiro se predica a las naciones, para que, dejando el error del siglo, se conviertan al Señor Cristo.

47. El resto de su obra es sobre Cristo, o sobre la Iglesia de las naciones, o sobre la consumación del mundo. Profetizó, sin embargo, durante casi setenta años, bajo cuatro reyes de Judá, sucediéndose en orden y linaje, es decir, Ozías, Jotam, Acaz, y finalmente Ezequías: bajo el cual se teje gran parte del volumen de su profecía hasta el final.

Sobre Jeremías

48. El profeta Jeremías, que se interpreta como excelso del Señor, simple en el hablar, y fácil de entender; que en todas sus palabras y pasiones presentó la imagen de nuestro Redentor. Este, después de haber destruido en tipo de Cristo los reinos del diablo, y haber edificado el imperio de la justicia o de la fe, se le ordena profetizar sobre todas las naciones, a saber, Egipto y los filisteos, Moab y Amón, Edom y Damasco, y Cedar, y sobre los reinos de Asur, así como sobre Elam, y Babilonia.

49. Entre estas cosas, sin embargo, ve una vara vigilante de corrección y poder divino. También una olla encendida, es decir, el pueblo judío ardiendo en el fuego de los deseos carnales. Ve también dos cestas de higos en prefiguración de dos pueblos.

50. Desciende también a la casa del alfarero, y ve la disminución del vaso anterior, y la restauración del nuevo para designar el defecto del pueblo anterior, y la sucesión del futuro. También toma la copa del castigo, y la ofrece a todas las naciones. Toma también un cinturón

bajo el ejemplo del pueblo judío, y lo arroja putrefacto en la dispersión más allá de los ríos de las naciones. Muestra también la copa de oro de Babilonia, por la cual el mundo se embriagó con el letal sorbo de la idolatría.

51. También se le ordena arrojar al Éufrates un volumen atado a una piedra, para demostrar la destrucción de Babilonia, o figuradamente de todo el mundo. También reprende a los delincuentes, y los provoca a la conversión.

52. Finalmente, lamenta la ruina de Jerusalén, la destrucción del templo, y la dispersión de la nación; cosas que no solo predijo, sino que también vio presentes. Comenzó en el duodécimo año del rey Josías de Judá en el tiempo en que también la profetisa Oida y su profecía se extendió por cuatro reyes, bajo Josías, y Eliaquim, y Joacim, y 205 Sedequías, bajo el cual Jerusalén fue destruida. Profetizó durante setenta y dos años y tres meses, excepto en el tiempo en que después de la destrucción de Jerusalén estuvo en Egipto con el pueblo.

Sobre Ezequiel.

53. Ezequiel, que se traduce al latín como fortaleza de Dios; este, figurando típicamente a Cristo, está junto al río del siglo, y contempla misterios espléndidos.

54. Ve la semejanza de la gloria de Dios, y cuatro animales en semejanza de los evangelios, y ruedas que se contienen mutuamente en tipo de los testamentos. Ve también al auriga, es decir, a Cristo, abajo con el fuego del juicio, arriba resplandeciente con el fulgor del electro, es decir, de la divinidad. También come el libro de la ley divina, en el cual está escrito el lamento de los penitentes, y el canto de los justos, y el ay de aquellos que después del pecado no hicieron penitencia.

55. Luego toma un ladrillo, en el cual se describe la pintura de Jerusalén sitiada, o en el cual bajo el tipo de Cristo los misterios de la misma Jerusalén, es decir, de toda la Iglesia, que está formada del costado de Cristo, se describen. También este profeta toma el sueño del lado izquierdo, en tipo de la muerte de los pecadores, que puestos a la izquierda sufrirán castigos eternos: y finalmente se le ordena dormir del lado derecho por la esperanza de aquellos que por el cambio de costumbres obtendrán la gloria de la resurrección. Mientras tanto, ve también dos varas unidas entre sí, en semejanza de la circuncisión, y de las naciones, o un águila bajo Nabucodonosor, como figura del Anticristo, con grandes alas, y con veloz celeridad ocupando los imperios de todo el mundo.

56. Lamenta además bajo la figura del príncipe de Tiro la bienaventuranza del diablo, que perdió, y deplora su gran ruina con lamentación. Finalmente, llevando una caña o cuerda, mide bajo la figura de los santos mística Jerusalén.

57. En medio de estos misterios, introduce algunas enseñanzas morales, acusa a los falsos profetas y ordena a los vigilantes que no oculten la maldad. También predice cuatro castigos de venganza para los pecadores y profetiza que las almas volverán a sus cuerpos. Muestra que cada uno rendirá cuentas al Señor por sí mismo, y que la mancha del pecado paterno no podrá extenderse más a la descendencia.

58. Reprende, bajo los nombres de Oolla y Oolliba, toda la depravación de Samaria y Jerusalén, y les reprocha su nacimiento deshonoroso. A menudo también llama a los pueblos cautivos al arrepentimiento y, después de la transgresión, exhorta al pueblo a regresar

convertido. En el año 35 de su vida y el quinto de su cautiverio en Caldea, profetizó y allí completó su profecía.

De Daniel.

59. Daniel, cuyo nombre significa juicio de Dios, es el más claro de todos los profetas sobre Cristo. No solo predijo su venida, como los demás, sino que también definió el tiempo de la encarnación y la pasión a través del orden de los reyes y el número de años, de tal manera que parece más narrar hechos pasados que predecir el futuro. Frecuentemente ve visiones de cuatro reinos y sus diferencias bajo diversas imágenes.

60. También muestra que el Anticristo es el cuerno pequeño, es decir, que reinará por poco tiempo, y que, después de someter a diez reyes, reinará solo en los últimos tiempos. Escribe mucho sobre la consumación de Jerusalén o del mundo, el día del juicio y el reino de los santos. Al final de su libro profético, incluye la historia de Susana y las fábulas de Bel y el dragón.

61. Este libro está escrito en hebreo con letras hebreas, pero en lengua caldea. Profetizó en Babilonia, al mismo tiempo que Ezequiel.

De Oseas.

62. Oseas, cuyo nombre significa salvador, es el primero de los doce profetas, más profundo en sus sentencias y más laborioso en su comprensión. Habla a las tribus llamadas Efraín y Samaria, la casa de José e Israel, pero a través de Efraín acusa a los herejes que, al apartarse de la unidad de la Iglesia, se hicieron partícipes de los ídolos.

63. A través de Samaria, muestra la figura de esos mismos herejes que fingen ser guardianes de los preceptos de Dios y, bajo el pretexto de la verdad, cultivan la mentira. Históricamente, anunció que los judíos creerían en Cristo en el último tiempo. También predijo el tercer día de la resurrección del Señor. Profetizó en los días del rey Ozías de Judá y del rey Jeroboam de Israel, al mismo tiempo que Isaías.

De Joel.

64. Joel, cuyo nombre significa comenzando, profetiza solo para Judá y Jerusalén. Al principio de su libro, después de los banquetes voluptuosos, llama a Jerusalén al luto y anuncia su destrucción. También predice la vocación de las naciones y la venida del Espíritu Santo sobre los creyentes congregados. Profetizó bajo el rey Jotam de Judá, al mismo tiempo que Miqueas.

De Amós.

65. Amós, cuyo nombre significa carga, profetizó contra Samaria y Jerusalén, describiendo tres y cuatro crímenes de las naciones bajo la figura de todo el mundo. El primer crimen es que todos pecaron en Adán. El segundo, que olvidaron la ley innata de la naturaleza y no comprendieron la razón. El tercero, que no obedecieron la ley dada. El cuarto, inexpiable, es de aquellos que no creyeron en Cristo, por cuyos crímenes el Señor amenaza con traer fuego, es decir, la sentencia del juicio eterno.

66. Este profeta anuncia la venida de Cristo con la voz del Señor: "Yo firmo el trueno, creo el espíritu y anuncio a Cristo entre los hombres". Lo demás que dice sobre Amasías y Jeroboam,

o Israel, debe interpretarse tropológicamente en referencia a los herejes. Profetizó bajo el rey Ozías, al mismo tiempo que Oseas e Isaías.

De Abdías.

67. Abdías, cuyo nombre significa siervo del Señor, es el más breve en número de palabras entre todos los profetas, pero igual en gracia de misterios. Hablando contra Edom, increpa mística y audazmente la soberbia de Edom, es decir, la audacia del pueblo anterior, por haber matado a su hermano Jacob, es decir, a Cristo, nacido de la estirpe hebrea. En el monte Sion, que es Jerusalén, anuncia la futura salvación y al Santo, que es Cristo, y en el monte de Esaú, que figura la iglesia de las naciones, proclama el futuro reino del Señor. Profetizó bajo el rey Josías de Judá, al mismo tiempo que Miqueas.

De Jonás.

68. Jonás, cuyo nombre significa paloma, figura con su palabra y su naufragio la pasión, muerte y resurrección de Cristo, ya sea porque fue arrojado al mar desde el barco, como de la cruz a la tierra, o porque fue recibido en el vientre del pez, como en la sepultura de la tierra, durante tres días y tres noches, o porque en la figura de Nínive predijo el arrepentimiento al mundo. En lo siguiente, representa el tipo de los judíos, que no solo no quisieron que la salvación llegara a las naciones, sino que, cuando llegó, la envidiaron. Nínive también significa la figura de las naciones, y Jonás, en este contexto, la de los judíos.

69. Así como la salvación de los ninivitas provocó la envidia de Jonás, la redención de las naciones fue un escándalo para los judíos. Con razón se dice que se sentó al oriente de la ciudad bajo la sombra de una hiedra, porque ese mismo pueblo, separándose de la salvación de la Iglesia, consumido por el dolor, intenta mover su lengua contra Cristo, es decir, el Oriente de la Iglesia, sentado bajo la sombra de la ley, que fue secada por un gusano, porque, con la venida de Cristo, las cosas viejas pasaron, y he aquí, todas son hechas nuevas. Profetizó bajo el rey Ozías de Judá, al mismo tiempo que Oseas, Amós e Isaías.

De Miqueas.

70. Miqueas, cuyo nombre significa ¿quién es este?, amenaza a Samaria con la ira del Señor por causa de los ídolos y anuncia la destrucción del pueblo de Israel. También señala el lugar donde nacería Cristo. Profetizó bajo el rey Josías, al mismo tiempo que Sofonías.

De Nahúm.

71. Nahúm, que significa consolador, anuncia la destrucción de los ídolos de las naciones, así como de la ciudad de sangre, Jerusalén, después de cuya destrucción proclama la llegada del Salvador, el que anuncia la paz.

De Habacuc.

72. Habacuc, que significa abrazador o luchador fuerte, al principio de su libro describe al diablo con sus miembros y costumbres; al final, predice la venida y pasión del Salvador.

De Sofonías.

73. Sofonías, que significa observador de los misterios del Señor y ocultador, ve la futura cautividad de la ciudad de Jerusalén por los romanos, a través de la voz del clamor desde la

puerta de los peces y la destrucción de las colinas, es decir, del monte Sion, que es la colina de Jerusalén; también predice la destrucción de otras naciones y anuncia el terror del juicio divino.

74. Habla también contra Moab y Amón, pero a través de ellos, como pueblos vecinos del pueblo de Dios y cercanos a los sacramentos católicos, se acusa a los herejes. Profetiza el tercer día de la resurrección de Cristo y anuncia que en la venida de Cristo todo el mundo servirá al Señor bajo un solo yugo. Profetizó bajo el rey Josías, al mismo tiempo que Jeremías.

De Ageo.

75. Ageo, cuyo nombre significa solemne. En el texto de su profecía, ordena la restauración del templo del Señor, predice la destrucción de las naciones o la conmoción de todo el mundo, y bajo la figura de Zorobabel, profetiza la venida de Cristo. Profetizó en el año setenta del cautiverio del pueblo, precediendo solo dos meses a Zacarías en su profecía.

De Zacarías.

76. Zacarías, cuyo nombre significa memoria del Señor, después de haber profetizado ya a los padres del Señor, vio a un hombre sentado sobre un caballo rojo, en la figura del cuerpo de Cristo, rosado por la sangre de la pasión, o los mirtos, que significan el pueblo de las naciones; ve también cuatro cuernos o artesanos en la figura de las naciones, que dispersaron a Judá e Israel, oprimiéndolos con un gran peso.

77. De igual manera, contempla a Jesús, vestido con las inmundicias de la carne y la mortalidad, que, una vez quitadas, es revestido de inmortalidad y gloria. Ve también la piedra, que es Cristo, con siete ojos, es decir, la plenitud del espíritu septiforme. Entre estas visiones, ve la antorcha y el tizón apagado, es decir, al diablo. Ve un candelabro en la figura de Cristo con siete lámparas, que son las Iglesias; también dos olivos, colocados a la derecha y a la izquierda del candelabro, que significan el tipo de los dos Testamentos.

78. También toma dos varas, de cuerda y de adorno, en el tipo de los judíos y las naciones. Luego ve a dos mujeres, es decir, los pueblos de los herejes o de los judíos, levantando en sus alas una ánfora, es decir, la doctrina diabólica, y una masa de plomo, que es el peso del pecado más grave, o un rollo volador, en el que se describen los pecados de los hombres y sus castigos.

79. Ve también cuatro carros, corriendo bajo un solo yugo de la predicación evangélica. Después de esto, ve caballos enviados a la predicación del mundo: el primero rojo, por la pasión del martirio. El segundo negro, por la austeridad de la penitencia. El tercero blanco, por la pureza del bautismo. El cuarto variado, por la exposición y doctrina de la fe. También ve trompetas, que llevan la figura de los santos, a través de las cuales el Señor canta al mundo, y un ángulo, en el que dos pueblos opuestos se unen, o un clavo, figurativamente Cristo, fijado en los corazones de los pueblos, describe también a un pastor, el Anticristo, con su obra e intención en la izquierda.

80. También un caballo en la figura del pueblo de los herejes, y su jinete, el diablo. Predica también una fuente en la casa del verdadero David, abierta en el lavacro de la regeneración. Todo lo demás que escribe es sobre la venida del Señor, su pasión, el fin del mundo o el juicio. Profetizó en el segundo año de Darío, rey de los medos, en los mismos tiempos que Ageo, en el año setenta de la desolación del templo y del cautiverio del pueblo.

De Malaquías.

81. Malaquías, cuyo nombre significa ángel del Señor, al principio de su profecía muestra el odio de los judíos hacia Esaú y el amor del pueblo más joven hacia Jacob. En lo que sigue, reprueba las antiguas víctimas de los judíos y anuncia que el sacrificio será trasladado a las naciones. Al final, el advenimiento del Señor, el día del juicio, las recompensas de los justos y los castigos de los impíos. También predice que Juan será enviado antes del primer advenimiento del Señor, y Elías antes del segundo advenimiento.

82. Entre estas cosas, explica algunas enseñanzas morales y disciplinarias, en las que reprende al pueblo y a los sacerdotes que desprecian el nombre del Señor y violan sus sacramentos con ofrendas y sacrificios impuros. También advierte que los obispos deben ser doctos y sin mancha, y enseñar la verdad al pueblo sin acepción de personas; también reprende a los discordantes y ordena que el pueblo de la Iglesia pague los diezmos y primicias a los predicadores.

83. Reprende también a aquellos que desprecian a sus esposas y se unen por amor a otras. De igual manera, a aquellos que, lamentando su miseria, alaban la felicidad de los que disfrutan de las prosperidades de este mundo. Profetizó por último en Babilonia, al mismo tiempo que Ageo y Zacarías.

De Esdras.

84. Esdras escribe que el pueblo, cumplido el tiempo del cautiverio, bajo el mandato de Ciro, rey de Persia, regresó a Jerusalén; y que bajo Zorobabel y Jesús, hijo de Josadac, el sumo sacerdote, o Nehemías, se renovaron los muros de Jerusalén, el templo y el altar, se restauró el derecho de los sacerdotes y el culto de la santa religión, adornado con muchas riquezas de las naciones y de los príncipes de Persia.

De los Macabeos.

85. Los libros de los Macabeos, aunque no están en el canon de los hebreos, son contados por la Iglesia entre las historias de los libros divinos. Relatan las batallas entre los líderes hebreos y las naciones de Persia, la lucha de los sábados y los nobles triunfos de los Macabeos, así como el pacto de amistad con los líderes romanos y los actos de las embajadas.

De los cuatro Evangelios.

86. La predicación de los Evangelios, aunque es cuádruple, es una sola, porque procede de una misma boca de la Divinidad. Estos son los cuatro ríos que fluyen de una sola fuente del paraíso, que corren en unión cuádruple y distribuyen por todo el mundo las corrientes de la predicación celestial, infundiendo el verdor de la gracia y la fe.

87. Esta es la cuadriga del Señor en Zacarías, en la que, llevado por todo el orbe con un yugo suave, somete a sí mismo los cuellos de todas las naciones. Estos son también los que la visión profética describió bajo la figura de cuatro animales, es decir, hombre, león, buey y águila.

88. Pues el primero, Mateo, como hombre, designa el orden de la natividad humana. El segundo, Marcos, a semejanza de un león rugiente, desde el principio de su Evangelio proclama la fortaleza del poder divino. El tercero, Lucas, presentando la víctima del

sacerdote, insinúa la muerte como de un becerro. El cuarto, Juan, como águila, mirando al cielo, atraviesa ávidamente la tierra y penetra el misterio oculto de la natividad del Verbo; pero de estos, los tres animales que caminan en la tierra, siguiendo la vida activa, solo persiguieron lo que Cristo, el hombre, hizo temporalmente en la tierra. El cuarto animal, con la mirada de la contemplación, contempla las cosas celestiales y expone pocas obras, pero muchos sacramentos de la divinidad.

89. Así, Mateo, siguiendo al principio la genealogía real de Cristo y, sin embargo, siguiendo más bien la disciplina moral, compuso pocos signos y muchos preceptos de vida. Marcos, abreviador de Mateo, reescribió con estilo veloz lo que Pedro enseñaba en el camino para gobernar la vida, caminando entre Lucas y Mateo, aunque recuerda más de Mateo, no solo en las cosas, sino también en el orden de las palabras.

90. Lucas, por su parte, manteniendo más el orden de la historia, narra más copiosamente que los demás las virtudes de los hechos de Cristo. Finalmente, Juan, explicando las cosas naturales, voló sobre los cielos, encontró a los ángeles y al Verbo de Dios, y anunció que estaba en el principio.

91. De estos, el primero y el último predicaron lo que oyeron de la boca de Cristo, o lo que oyeron que él hizo o realizó. Los otros dos del medio solo lo que conocieron de los apóstoles: de los cuales, Mateo escribió primero el Evangelio en Judea, luego Marcos en Italia, tercero Lucas en Acaya, y último Juan en Asia. De estos, solo Mateo escribió la historia de su predicación en estilo hebreo. Los demás la publicaron en elocuencia del idioma griego.

De las Epístolas de Pablo.

92. El apóstol Pablo escribió catorce Epístolas, en las cuales plasmó el estilo de su predicación. De estas, algunas las escribió a siete Iglesias, por el tipo de la Iglesia septiforme, conservando más bien y no excediendo el número del sacramento por la eficacia septiforme del Espíritu Santo. Escribió a los Romanos, a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses, a los Tesalonicenses, a los Hebreos, y las demás las dirigió posteriormente a personas individuales, para convertir nuevamente ese mismo número septenario en el sacramento de la unidad.

93. Los argumentos de estas Epístolas son los siguientes: en primer lugar, alaba la fe del pueblo romano; corrige a los corintios con doble doctrina; excluye las obras de la ley entre los gálatas por la gracia de la fe; magnifica a los efesios por la fe que recibieron; alaba a los colosenses por haber permanecido en la fe; se congratula con los filipenses por haber guardado el Evangelio; se gloria de que los tesalonicenses, en la primera Epístola, crecieron en fe y obras, y en la segunda, soportaron valientemente las persecuciones.

94. También instruye a las Iglesias a través de Timoteo y Tito. Ruega a Filemón por el siervo enmendado Onésimo. Finalmente, conforta a los hebreos que creyeron en Cristo y, posteriormente, aterrorizados por las persecuciones judías, se apartaron de la fe, y los llama de nuevo a la gracia del Evangelio.

De las Epístolas del bienaventurado Pedro.

95. El apóstol Pedro escribió dos Epístolas, que se llaman canónicas. Las escribió a aquellos que, creyendo de la circuncisión, estaban en la dispersión de las naciones, las cuales parecen a algunos ser más claras; sin embargo, están tan llenas de profundos sentidos que, a través de

ellas, quienes pueden escudriñar el sentido de la ciencia divina, como a través de un breve receptáculo, contemplan grandes sentencias y grandes misterios revelados a sí mismos.

96. En la primera Epístola, escribe sobre el poder de la regeneración y los profetas que predijeron la futura tolerancia de la Iglesia en las pasiones. Luego amonesta a los pontífices a vivir en castidad y, como niños, a permanecer sin engaño. También muestra que los santos son piedras vivas, un pueblo adquirido y un sacerdocio real. Entre estas cosas, establece el orden de vivir bien para el pueblo; exhorta a las mujeres a ser sumisas y a no andar con adornos preciosos, y a los hombres a adherirse un poco a sus esposas, a frecuentar la oración y a vivir unánimemente con todos. Además, escribe sobre el misterio del arca o el sacramento del bautismo, por el cual el hombre es liberado de los actos del mundo.

97. Ordena a los fieles obedecer solo los preceptos de la voluntad divina y no servir más a los deseos de la carne. También enseña al clero y al pueblo a ministrarse mutuamente, y a no temer las pasiones de Cristo; y que el juicio comience en la casa de Dios, y que los santos sean coronados; también amonesta a observar la mansedumbre y la humildad mutua, y a precaver con toda solitud las insidias del diablo, añadiendo que toda buena obra del que comienza es llevada a la consumación por Dios.

98. En la segunda Epístola, habla a los fieles, como muertos en este mundo, y exhorta a todos a pasar de lo peor a lo mejor. También escribe que se deben recordar las memorias de los justos, y menciona a los falsos profetas de ambos Testamentos, que son maestros de la mentira. Luego introduce el ejemplo del diluvio para señalar la destrucción de los impíos y de aquellos que, entregados a los placeres del pecado, se convirtieron en esclavos de la corrupción.

99. También escribe que en los últimos tiempos abundarán los burladores, y predica que para Dios mil años son como un día. Entre estas cosas, la resurrección de los elementos y la novedad del cielo y la tierra. Al final, habla de las Epístolas de Pablo, que algunos indoctos no entienden y las tuercen con un sentido perverso.

De la Epístola del bienaventurado Santiago.

100. Santiago, hermano del Señor, escribió una Epístola, que pertenece a la edificación de la Iglesia, cuyas sentencias parecen infundir a los lectores una inmensa claridad de conocimiento.

De las Epístolas del bienaventurado Juan.

101. El apóstol Juan escribió tres Epístolas, de las cuales la primera, recomendando el deber de la caridad, se centra totalmente en el amor de Dios y el amor fraterno.

102. La segunda, que escribió a la señora Elegida, exhorta al estudio del amor; también señala a los seductores y advierte que se debe evitar a los herejes.

103. La tercera la escribe a Gayo, en la cual lo alaba por su dedicación a la verdad y su obra de misericordia; luego señala la arrogancia de cierto Diótrefes y da testimonio de la verdad a Demetrio.

De la Epístola del santo apóstol Judas.

104. La Epístola de Judas increpa a los blasfemos en Cristo y a algunos impúdicos bajo el ejemplo de los impíos, que por su soberbia y lujuria fueron entregados a llamas eternas, por lo cual advierte a la Iglesia que los reprenda y los exhorte al arrepentimiento.

De los Hechos de los Apóstoles.

105. La historia de los Apóstoles describe la fe y la obra de la Iglesia naciente, cuyo autor se muestra que es Lucas el evangelista. Contiene lo que, por la gracia del Espíritu Santo, tanto Pedro como otros apóstoles, y especialmente Pablo, hicieron o realizaron en Judea o entre las naciones.

De la Apocalipsis.

106. Juan, después de ser ordenado a escribir a las siete Iglesias, contempla al Hijo del Hombre sentado en el trono, y a veinticuatro ancianos, y a cuatro seres vivientes que proceden ante el trono, y en la mano derecha del que está sentado, un libro sellado con siete sellos, en el cual se señala la guerra, el hambre, la muerte, el clamor de los asesinados, así como el fin del mundo y del siglo.

107. Describe luego a doce mil siervos de Dios, que son marcados en sus frentes; allí siete ángeles tocan las trompetas, seguidos de granizo y fuego con sangre sobre la tierra. También allí se quema la tercera parte de la tierra, y la tercera parte del mar se convierte en sangre; y las mismas estrellas resplandecientes pierden la tercera parte de su fulgor; allí del humo del pozo se producen langostas de demonios, recibiendo poder para dañar a quienes no están marcados con la sangre del cordero.

108. Además, el Evangelista come el libro del Testamento, dulce en la predicación de la boca, y amargo en la dificultad de la obra. Mide el templo celestial, y describe las palabras de los veinticuatro ancianos, y el arca del Testamento, y a la mujer vestida de sol, y la lucha en los cielos de Miguel con el dragón, y la caída del dragón. Contempla además la figura del Anticristo, teniendo las cabezas del reino siete, y los cuernos del poder, y el número del nombre.

109. Narra entre estas cosas el cántico del nuevo Testamento, y observa a los ángeles llevando copas, y ve igualmente la destrucción de la bestia, y la bienaventuranza de aquellos que han mantenido las vestiduras de su cuerpo limpias sin el placer de la carne. Prosigue luego con la destrucción de la ramera de Babilonia, y las bodas del Cordero, la llegada del juicio, y la destrucción del Anticristo, y el castigo eterno del diablo. Finalmente, menciona la resurrección de los muertos, la novedad del cielo y de la tierra, y la descripción de Jerusalén, también el río del bautismo puro, y el árbol de la vida, el Señor Jesucristo.